

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ACTORES

MIGUEL CEPILLO



Fino, natural, sencillo,
al auditorio encadena...
¡Este actor es un cepillo
que da lustre á nuestra escena!

Lit. de Brabo. Desemp. 14 y Carbone. 1. Madrid.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Diálogo, por José Estremera.—El entierro, por Juan Pérez Zúñiga.—El primer baile, por Eduardo de Palacio.—Corte de cuentas, por José Jackson Veyan.—¡Oh, el arte! por Sinesio Delgado.—Caras y caretas, por José Zahonero.—Epigramas, por Liborio Forset.—¡Vaya V. á saber! por Eduardo Bustamante.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Miguel Cepillo.—Caza y pesca.—Apuros, por Cilla.



Poquito á poco vamos acercándonos al Carnaval, y las personas alegres preparan sus disfraces para amenizar nuestra existencia.

Entre los que asisten al Prado todos los años, figura un respetable procurador, hombre serio y temeroso de Dios, que se disfraza de moro humilde y se dedica á embromar á sus clientes.

El año pasado quiso darle una bromita á un teniente de carabineros, que había sostenido un pleito con una vecina del cuarto segundo, porque le sacudían las alfombras sobre la cabeza, y el teniente le atizó dos mojicones, dejando al moro completamente deteriorado.

—Es una falta de educación muy grande—decía el procurador festivo.—Yo me disfrazo, porque es una costumbre que tengo desde chiquitín, y he dado muchas bromas en este mundo, sin que jamás me haya ocurrido cosa semejante.

—Pero qué le ha dicho V.?

—Pues, nada; le hablé de una novia que tuvo en la calle del Humilladero, la cual se le escapó una noche con el dependiente de un veterinario... Ya ve V. que la cosa no es para tanto, pero se conoce que desperté en él recuerdos dolorosos y se desahogó conmigo.

—Naturalmente!

—Yo, más que para procurador, he nacido para máscara; y en cuanto sé alguna cosa fea de alguien, ya estoy deseando que llegue el Carnaval para decírsela. ¡Tengo guardadas unas bromitas para el año que viene!...

Esta buena costumbre, de que hace gala el procurador, está más generalizada de lo que parece.

Hay personas formales que se dedican á cubrir de papel picado la ropa vieja para disfrazarse y salir por ahí con una escoba en pos de aventuras.

No hace muchos años fué recogido por la autoridad en la vía pública un presidente de Sala jubilado, vestido de aldeana francesa, y á quien unos mal intencionados habían envuelto en un felpudo, colocándole en mitad del arroyo, como si fuera un feto.

También se disfrazan algunas señoras mayores para vigilar á sus esposos cuando sospechan de su virtud.

D.^a Marciana, que tiene casa de préstamos y vela por los fueros de la moral, sorprendió el año pasado á su esposo en una tienda de vinos, comiendo judías estofadas con una joven sirvienta.

El esposo infiel lanzó un grito y fué á ocultarse detrás de un barreño, pero D.^a Marciana le clavó las uñas en el abdomen, gritando:

—¡Ah, tronera! ¡Ah perdido! ¿Conque despilfarras tus intereses en los establecimientos públicos? ¡Ahora comprendo por qué te llevastes hoy catorce reales del cajón!...

A todo esto, la joven trataba de disimular, comiendo apresuradamente las judías propias y las de su amante, hasta que agotada la paciencia del tabernero, cogió á doña Marciana por el capuchón y la arrojó á la calle.

El Carnaval es perturbador de suyo. Casi todos los hijos de familia contraen deudas y pignorán el reloj, para sufragar los gastos que ocasionan los placeres.

Hay chicos tan alocados, que no tienen inconveniente en utilizar los vestidos maternos para enfangarse con ellos en el vicio.

¡Cuántas manteletas respetables han pasado por los bailes de máscaras!

¡Caramba, Manolito! ¡Qué propio vienes! dicen los jóvenes entusiastas, cuando ven aparecer á un compañero, disfrazado con las galas maternas.

—¡Ay! ¡Si mi mamá supiese que le he cogido la manteleta! Con esta misma prenda conoció á papá el año 46 en Castellón de la Plana.

—Se necesita tener muy mal corazón para sacar eso á la luz pública. Por nada de este mundo sacaría yo una almilla que se ponía papá cuando era oficial del Ayuntamiento.

—¡Iba así á la oficina?

—Ya se ve que sí; era hombre muy sencillo y de costumbres muy sanas. Cuando no tenía que hacer, se ponía á limpiarse las botas allí mismo. ¡Cuántas veces le sorprendió el alcalde raspándose un ojo de gallo que tenía!

..

Ahora se trata de crear una compañía dramática infantil, porque hay mucha gente aficionada á niño.

Ya comienzan á inscribirse muchos padres de familia, con objeto de labrar un porvenir á sus chicos.

—¿Y haremos excursiones á provincias?—preguntaba una mamá, que está dispuesta á meter á toda su prole en eso del arte.

—Ya lo creo—contestaba el inventor de la clase.—Daremos la vuelta á la Península.

—Debo advertir á V., que mi Pepita no ha mudado todavía más que dos dientes.

—No importa; mientras conserve la dentición, podrá hacer las damitas jóvenes; y cuando se le caigan los dientes, la dedicaremos á característica.

La primera pregunta que hará todo empresario al llegar á un pueblo será ésta:

—¿Hay sarampión, escarlatina y demás enfermedades propias de la infancia?

—No, señor, no hay más que reuma. Ahora ha caído en la cama la esposa del médico, y tenemos que moverla con una grúa, porque es mujer muy pesada.

—Bueno. ¿Y garrotillo? ¿Hay garrotillo?

—No, señor; pero habrá garrotazos... porque se acercan las elecciones...

..

Se proyecta la formación de una sociedad de recreo para los escritores.

—Vamos, sí; un pretextito para no trabajar.

¡Si conoceré yo á mis dignísimos maestros!

LUIS TABOADA.

DIÁLOGO

IMITACIÓN DEL TEATRO ANTIGUO.

—(Don Luis)

—Ved qué me mandáis, que para serviros llevo, —Nada os mando; sólo os ruego, por Dios, que no me sigáis.

Quedaos, por vuestra vida, que ya es la distancia corta; es mucho lo que me importa no ser aquí conocida.

—El no seguís. Leonor, perdonad mi impertinencia, diré bien de mi obediencia, más diré mal de mi amor.

Dejadme ir, pues, adelante y que seguís intente, que, al pierdo en lo obediente, yo sé que gano en lo amante.

El alma veros procura porque, seguir vuestra huella, viene á ser seguir la estrella que es nuncio de mi ventura.

Y pues está de serviros el alma mía anhelosa, ved si mandáis otra cosa que no sea no seguís.

—No es que mis gustos no estén ansiosos de dicha tal, ni ha de parecerme mal el que á mí me quieran bien; pero, como hay en la vida malas interpretaciones, puede andar en opiniones una mujer perseguida.

Si comprometéis mi fama, mal para vos ha de ser, porque no podéis querer que hablen mal de vuestra dama.

Si habéis de venir detrás, seguidme, mas cerca no; haced que lo sepa yo y lo ignoren los demás, Así los inconvenientes

se salvarán: de ese modo os daís gusto y á mí y todo, pero no á los maldicientes.

—¿Qué bien la lengua interpreta el juicio que en vos rebosa! Si yo os quiero por hermosa, os adoro por discreta.

Hacéis mi suerte mayor. Lejos voy de buena gana, porque la dicha lejana parece siempre mejor.

Aunque no yendo detrás pierdo una dicha segura, porque es suerte de ventura dar envidia á los demás.

Mas si lo queréis, adiós, puesto que serviros puedo. —¿Quedáis contento?

—Sí; quedo

contento de mí y de vos. De vos, porque sois clemente y me acogisteis así, y al mismo tiempo de mí, porque he sido inobediente.

—Voy con vos, pues me seguís. —No anhela el alma otra cosa. Adiós, mi Leonor hermosa. —Adiós, mi galla don Luis.

JOSÉ ESTREMERÁ.

EL ENTIERRO

Murió mi amigo Cernuda, hombre agudo sin igual, de una enfermedad aguda y, según dicen, mortal.

Alguien de su parentela (á la que yo no trataba) me mandó lujosa esquelera que al entierro me invitaba.

Del entierro llegé el día; y aunque yo ignoraba el punto donde el difunto vivía, antes que fuera difunto,

por mi primo Serafín pude saber con certeza que su casa estaba al fin de la calle de Hortaleza.

Cansado, pues, como un viejo llegué á la casa en cuestión, cuando ya estaba el cortejo en correcta formación;

y sin tiempo que perder, me agregué á la comitiva en un coche de alquiler que por poco me derriba.

pues el pencho le arrastraba resoplando como un fuelle y el cochero blasfemaba porque le erujía un muelle.

En fin, tras duro quebranto y al cabo de medio mes, llegamos al campo-santo de San Luis y San Ginés.

Acompañé á mi difunto al nicho sin decir nada (al nicho... hasta cierto punto, es decir, hasta la entrada).

le cantan preces los curas, y le echan cal entre tanto, siendo el fin de sus venturas un poco de cal y canto.

Mas yo sin cesar miraba á los que estaban conmigo, y, la verdad, me chocaba no encontrar ningún amigo.

Preganté inmediatamente quién presidía, y un tuerto me dijo que el presidente era un hermano del muerto,

el cual (t), con otros señores, esperó la despedida de los deudos y acreedores del que fué mi amigo en vida.

Entonces yo, decidido, me encaré con el hermano, y le dije compungido apretándole la mano:

—«¡Descanse en paz don Fidel!

¡Pobre Cernuda!... ¡Canario!

¡Mire usted que morir él siendo tan buen funcionariol...

¡Era la misma virtud!

¡Como Cernuda no hay dos! Conque... en fin, mucha salud para encomendarle á Dios!»

Y el buen señor, que me oía con especial extrañeza creyendo que yo tenía trastornada la cabeza,

me contestó:—«Equivoado debe usted estar, sin duda; porque lo que es el finado ni era Fidel, ni Cernuda,

ni funcionario. Vivía Fuencarral, noventa y tres, se llamaba Luis Garcia y tocaba el corno inglés.»

Corrido me reíre de la fúnebre mansión, y la causa me expliqué de aquella equivocación.

Fué que tuvieron lugar, con idénticos detalles, dos entierros á la par en dos parecidas calles;

y como está mi cabeza rematadamente mal, por tomar la de Hortaleza tomé la de Fuencarral.

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

EL PRIMER BAILE

(CAPÍTULO DE UNA NOVELA)

Maximina era una de esas criaturas hembras que parecen hijas de la casualidad, y sin embargo, lo son de su padre y de su madre.

Es decir, Maximina no tenía madre todavía.

Porque la madre de Maximina había muerto.

Pero el padre de Maximina era un hombre honrado y cabal, según opiniones de las personas que le trataban.

Maximina era un ángel de pureza como pudiera haber sido ángel de otro punto cualquiera.

Virgen su corazón para el amor, su aspiración única era la de agradar á su padre.

Alma sencilla, no abierta á las sugerencias del amor y demás, nunca hubiera pensado en un baile de máscaras.

—¿Qué será un baile? ¿Qué será una máscara?—se preguntaba Maximina, y sentía una especie de terror virginal.

Pero Maximina, con sus hermosos ojos grises, su nariz griega con algo de jónico, sus labios rojos, como que nunca los había

hecho palidecer el peso de una mentira, no podía vivir ignorada por mucho tiempo.

Su propia hermosura había de descubrirla.

Como el rayo de luz á las brillantes partículas que flotan en el aire.

Como el murmullo del agua descubre una cascada.

Y así sucesivamente.

Maximina vivió en cierta mañana del mes de mayo de 188... á un joven de buena familia, hermoso, esbelto, como de veinte á cuarenta años.

Vestía el modesto traje del obrero.

Maximina recosía un chaleco de su padre.

Prenda para ella doblemente sagrada, porque con aquel chaleco se había casado su padre.

O en castellano casi; su padre llevaba aquel chaleco el día de la boda con su madre.

Digo... tampoco.

(En cuanto uno se mete en el terreno de la novela, se olvida completamente del idioma y se hace un lío.)

El joven obrero no era lo que parecía.

Maximina «bajó la vista.»

El joven continuó su camino.

Pero Maximina tenía una amiga en la casa.

Era una muchacha soltera y pianista, hija de una señora sola que sin ser de huéspedes, cedía habitaciones sin asistencia ó «con ella.»

Maximina intimó con las vecinas del segundo.

Salían á pasear, y aun iban á ver piezas sueltas á Eslava ó á Variedades.

El padre de Maximina confiaba en aquellas señoras como en cosa propia, y en Maximina mucho más.

Empezó la temporada de los bailes de máscaras.

Las vecinas del segundo habían pensado en ir á un baile, y lo consultaron con Maximina.

—«Un baile! Dios mío, un baile!—exclamó la hermosa é interesante niña de D. León—y qué es eso?

La joven pianista y su madre saltaron el trapo.

—Hija, ese es ya un abuso de inocencia.

—¿Qué atrocidad! Yo soy una muchacha, y sin embargo...

Maximina por primera vez se avergonzó de su inocencia.

Indudablemente era este el primer paso en el camino de la ruina.

El corazón de muchacha de diez y nueve años, á la medida, se halla expuesto á grandes tormentas de pasiones.

Cómo se arreglaron la señora no de huéspedes y su hija la pianista para convencer á León, padre de Maximina, para que diese licencia á ésta para asistir á un baile, no se sabe.

Ello fué que ambas á tres penetraban en el salón de la Comedia, pocos días después.

¡Qué impresiones sufría la angelical Maximina, á cada paso que aventuraba en el salón!

¡Cuánta gente! ¡Qué animación! ¡Qué bullicio! ¡Qué carcajadas! ¡Qué carreras! ¡Qué saltos! ¡Qué escándalo!

¡Y, sobre todo, qué libertades!

—Nunca olvidaré esta noche—repetía deshecha en lágrimas la hermosa cuanto infortunada Maximina.

—Cuando aquellos hombres—continuaba—se aproximaron á nosotras, y se obstinaban en que habíamos de acompañarles en un palco... Y luego cuando aquel joven me clavó con una mirada, y me dijo:—Te conozco: ¡bailaremos, eh? Debió enrojérsese hasta la careta.

Maximina bailó.

Maximina sintió su talle oprimido por el brazo de un hombre, y el aliento del criminal abrasaba su mejilla.

¡Qué despertar tan horrible!

Cuando se halló en presencia de D. León, que ya de uniforme, se disponía á salir, habría querido morir de repente; D. León la abrazó, la besó y partió para el Ministerio.

Era de los funcionarios que entraban primero en la oficina.

Entraba y barria para cuando fueran los empleados.

Maximina se dejó caer exánime sobre la cama.

Cuando su padre regresó aun dormía la chica.

Tanto había sufrido en una noche.

EDUARDO DE PALACIO.

CORTE DE CUENTAS

Es inútil discurrir aquí no vale el ser listo, porque en el mundo está visto que no se puede vivir.

Nadie en el *deber* me iguala, y no hay ya quien no me tosa. Se va poniendo la cosa muy mala, pero muy mala.

CAZA Y PESCA



Jovenzuelo relamido,
de castora y de levita,
que anda á caza de un partido
que le asegure el cocido,
¡porque bien lo necesita!



Ahí va una casadora,
que vale por un terno,
para pasar á gusto
los días del invierno



¡Qué mala suerte, Dios santo!
Me voy á morir de viejo
sin encontrar un conejo...
¡A mí que me gustan tanto!



Llevo veintidos años
pasando apuros
sin pescar un destino
de quince duros.



Si yo tropezara con una doncella
tan bien arreglada, tan linda, tan bella,
y sola ¡solita! pescando en el río...
¿Qué haría con ella?
¿Qué haría, Dios mío?

Todos tienen loco afán
por exigir su dinero.
¡En fin, hasta el panadero
quiere que le pague el pan!
Ya estoy de exigencias harto:
la fruitera, el otro día,
me dijo que me pondría
de hoy más, *las peras á cuarto*.
Los tenderos son terribles;
sólo al interés atenta,
ya me ha ajustado la cuenta
la tienda de comestibles.
«Dos arrobas de judías,
tres onzas de chocolate,
de sardinas en tomate
dos latas todos los días.
De queso (¡vaya un exceso!)
diez libras hay que pagar.»
¡Si lo habían de cobrar,
para qué me han dado el queso!
«Media libra de galletas,
dos quintales de patatas.»
¡Oh, musas, musas ingratas,
lo que comen los poetas!
El sastre, por las hechuras
de un traje pide diez duros,
y tras de tantos apuros
me va á *sentar las costuras*.
El camarero José
me sirve brusco y hurao.

¡Todo por qué? ¡Por un año
que le debo de café?
«¿Caferos?.. No hay quien busalle
con ellos. ¡Bravos ingleses!
Porque no pagó seis meses
me están echando á la calle.
Es injusto á no dudar
el que aguren á uno tanto.
El *deber* es noble y santo;
lo que es infame es *pagar*.
Mi casa un tropel allana
pidiéndome á troche y moche,
y *facturas* por la noche
y *cuentas* por la mañana.
Cuando vienen con preguntas,
contesto de buena fe:
«Señor, ya *las pagaré*
cuando pueda *todas juntas*.»
Yo no me permito excesos,
y aunque decirlo me duela,
ni aun el Gobierno nivela
los gastos con los ingresos.
De modo que lo prudente
y lo cuerdo y oportuno,
es no pagar á ninguno
declarándose *insolvente*.
Todo el que no tenga rentas,
debe hacer lo que yo hago:
cuando no tengo no pago
y á vivir. ¡*Corte de cuentas!*»
JOSÉ JACKSON VEVAN.

¡OH, EL ARTE!

Tendida indolentemente
sobre almohadas orientales
y enseñando indiferente
sus formas esculturales,
Mariquita la modelo
va pasando la mañana;
tiene unos ojos de cielo,
tiene unos labios de grana
y una línea tan correcta,
y tan suave, y tan graciosa,
que fuera cosa perfecta,
si lo fuera alguna cosa.
En fin, ¡si será un primor
su belleza singular
cuando está haciendo el pintor
una Venus en el mar,
y no ha encontrado modelo
mejor que la Mariquita
con sus ojillos de cielo
tan completa y tan bonita!
Al aire el burgente seno,
los contornos tentadores
y aquel cuerpecito, lleno
de detalles y primores,
no se acierta á comprender
que pueda estar un varón
delante de tal mujer
en tan hermosa ocasión,
sin bamalliar la cabeza
y rendir pleito homenaje
al amor y á la belleza
sin adornos ni ropaje.
El artista, sin embargo,
con la pipa entre los dientes
parece no hacerse cargo
de tan lindos allicientes,
y trabaja con ardor
copiando tanta hermosura,
sin cuidarse de otro amor
que el amor á la pintura.

Y acabada la tarea,
se aparta del calisiete
y dice á la chica: —Ea,
muchacha, vístete y vete.

Diluviaba de tal modo
sin dejarlo ni un instante,
que, por librarse del lodo,
una muchacha elegante,
al ir á cambiar de acera,
mostró, sin querer acaso,
lo que enardece á cualquiera
cuando se lo encuentra al paso.
Porque dudo del decoro
de unas botas imperiales
que sostienen un tesoro
de contornos ideales,
y no habrá nadie que pueda
contener al corazón
ante unas medias de seda
que son una tentación.
Un transeunte arrojado
cayó en el lazo incitante,
y se marchó entusiasmado
tras la muchacha elegante.
Y como la juzga bella,
aunque lo que ha visto es poco,
el hombre corre tras ella
y va cada vez más loco.
Y es capaz, según preveo,
de hacer algún disparate
guiado por el deseo
que le sirve de adicate.
Al cabo se acerca. — ¡Eh!
niña, vales un Perú!
— ¡Maestro! ¿cómo está usted?
— ¡(Mariquita!) Bien y tú!

SINESIO DELGADO.

JUGUETES Á PLUMA

CARAS Y CARETAS

La frente es un hermoso plano, en el cual, por arrugas
transversales y verticales, se revelan al exterior las agita-
ciones del cerebro, donde se dice que arde el pensamiento,
porque algunos creen en el fuego interior del globo y en el
fuego interior de la cabeza, y así se explican los gestos y
los terremotos. Los ojos están embudidos en la cara, y
como frágiles cristales, tienen su estuche, que se abre y
se cierra; la nariz está enchufada; colgadas las orejas; la

boca es una temible rasgadura, tanto por lo que pueda
guardar, como por lo que puede despedir; es una covacha
almenada de flos, donde se revuelve el peor bicho de la
creación: la lengua, bañándose en agua, y no de rosas,
muchas veces. La boca explica lo que es el hombre: un ar-
mazón de soporte para cuatro sentidos, al servicio de un
insecto, que aguarda en su agujero cosa que paladear y
momento oportuno para herir.

La lengua es muy exigente, apesar de no ser nada pul-
cra; cuando se ensucia, está revuelta la máquina toda, y en
los glotonos, que lo son todos (y no digo somos porque en
mí no hay lugar ni pretexto para tales pecados), la concien-
cia se halla embotada tanto como refinado el gusto.

Hay muchas caras, casi tantas como personas, según he
podido observar, y eso que no he tenido en cuenta á las des-
caradas; pero tampoco he contado á las coquetas ni á los
políticos; fuera lo propio que clasificar los colores, no por
el iris, sino por el camaleón.

Así como al volver del campo vienen los ojos á merced
de la desvanecedora impresión que causan la variedad in-
calculable de formas y de colores, y la profusión mágica
de hermosas combinaciones de luz, que refracta en el verde
claro de algunas plantas, en el oscuro de otras realza el
rojo de la adormidera silvestre, símbolo cardenalicio, plan-
ta que cobra el diezmo de vida al trigo; el lindo botón de
oro; la amarilla margarita con su cuello blanco, cual los que
ciñen las gargantas de las mujeres, el pensamiento ater-
ciopelado de ropaje aristocrático, la rosa, el aleli, los jaz-
mines, los claveles, las flores todas, sensibilizan la vista á
punto de que tornáis á casa con vivo recuerdo de todo
aquello tan hermoso; así como en los ojos parece que aún
resuenan el confidencial y malicioso canto del cerrojillo, el
monótono de la cigarra, los ruidos del agua y del viento.

Acontece lo propio después de recorrer las calles de Ma-
drid. Vuelve uno á casa mareado de ver tanta cara bonita
y de oír tanta dulce voz femenina.

Pero á lo mejor, y es lo frecuente, en vez de volver des-
pués de haber visto un prado florido, una espléndida luz,
vuelve uno del campo acribillado por impresiones desagra-
dables: el montón de estiércol donde hace gracias de mari-
posa el sucio moscón, y donde remeda el triscar del cabri-
tillo el torpe lechón hozando y gruñendo, en las calles se
da más generalmente el caso de que os mortifique esa co-
rriente de transeuntes que las anima, ofreciéndose á la vis-
ta caras que luego sirven de argumenta á las pesadillas, y
fundan el arte cómico de la caricatura.

No entremos á hablar de la diversidad de caras; no hay
dos iguales, á no ser en las monedas, que son caras de una
sola cara, repartidas en todos los bolsillos, según creo por
intuición, no por experiencia, y que sirven hasta para pagar
caras las caras.

Hablemos de las caras según las diversas fases en que
todas se nos ofrecen á los ojos.

¡Ejem! (el orador bebe un vaso de agua, y se pasa la mano
por la cara.)

La careta es hija de la cara, y prosiguiendo un sistema
de hablar á lo sabio, añadiré, sin caras no habría caretas;
éstas sorprenden un gesto de las caras, y le fijan; pero las
caras que dan origen á las caretas, son las caretas natura-
les que aparece en una sola cara. Experimento:

Juan, que es un pobre escribiente de un Ministerio, y co-
bra cuatro ó seis mil reales, tiene cara de infeliz. Pronto á
sonreír con agrado, lleva en sus facciones algo que ha po-
dido copiar en las caras de sus jefes, cual copia reales ór-
denes y expedientes. Pues bien; han de ver VV. el número
de caras que se dan en la cara de Juan á breve tiempo.

El cara de mosquita muerta tiene al despertarse cara de
perro ó de pocos amigos; ha tomado casi por completo la
cara de sus jefes; está ceñudo con su mujer, porque le falta
un botón en la camisa. Sale de la alcoba, y la brutalidad
tórname en adustez de amo, ante la cria la; baja las escale-
ras de la casa, y es grave la lo que ofrece á la atónita por-
tera, que detiene la escoba para decirse:

— «¡El señor del cuarto tercero!» — Como pudiera decir el
gran Sultán.

Ya en la calle, lleva una semi-seriedad, dispuesto por ella lo mismo á reír que á mantener estiramiento, según las impresiones que reciba, ó porque encuentra un camarada que le ataja, ó bien un pobre que le pide. Entra en el Ministerio, y sourie á los porteros, en su departamento, y es todo un buen muchacho; en el despacho del jefe, y es un perro á los pies. Luego torna á casa, y va cobrando las caras que dejó.

Porque este tipo, como todos, se debe al medio en que vive, y todos tenemos la cara natural, la temporal, la profesional, la accidental, la cara buena y la cara mala, que son las caretas de una sola cara.

(Se concluirá.)

JOSÉ ZAMONERO.

EPIGRAMAS

No paga la ropa Antón,
y llama al sastré ladrón!

Tal es tu nariz, Ortiz,
que para que alguien la note,
si se dejas el bigote
añítate la nariz.

Gervasio, la vizcaína,

siempre está reza que reza,
mas reza en vascuence, y temo
que ni el mismo Dios la entienda.

Para alcalde de un lugar,
á un jorobado han nombrado,
y suele el pueblo exclamar
cuando habla del jorobado:
—«Este nos va á jorobar.»

LIBERIO PORSET.

¡VAYA V. A SABER!

Es Rita una muchacha muy retrechera;
con unos ojos negros como carbones,
una boca muy fresca, muy hechicera,
una cintura esbelta como palmera,
y una gracia que roba los corazones.

Y Antonio es el mancebo peor formado
que se encuentra en diez leguas á la redonda;
muy enteco, muy bizco, muy corcovado,
y por remate, el tonto más endiablado
que ha nacido en las playas de Calahonda.

Los muchachos del pueblo penan por Rita,
y la dan serenatas, y la echan flores,
y la llaman la hermosa pescadorcita,
y al oído la dicen que es muy bonita;
pero ella no hace caso de sus amores.

Y no es que el alma tenga la pescadora
insensible á los ruegos del día vendado;
también la bella niña quiere y adora
con un amor intenso, que la devora,
mas nadie sabe el nombre del sér amado.

Antonio es el que tiene tanta ventura;
por él la niña vive, por él alienta;
es el depositario de su ternura
y será el feliz dueño de su hermosura
dentro de cuatro meses, según su cuenta.

El caso es sospechoso, por vida mía;
¿por qué—pregunto—siendo tan seductora
y adorándola mozos de gran valía,
sólo á Antonio, modelo de tontería,
entrega su cariño la pescadora?

Omito hacer absurdas suposiciones;
lo cierto es que al saberse tal matrimonio
rebosaron de envidia los corazones
y no escuchó la niña ya más canciones
que las que le cantaba su fiel Antonio.

.....
Celebróse la boda; y al quinto día
los muchachos del pueblo de Calahonda
respiraban contento, paz y alegría.
Ya envidia al jorobado nadie tenía
lo menos en diez leguas á la redonda.

¿Por qué sería?

EDUARDO DE BUSTAMANTE.



Menudean las cartas reclamando números extraviados en Correos.

¡Qué le hemos de hacer! Ya no echo más maldiciones á los empleados.

¡Dios no me escucha!



Seguimos sin saber una palabra de nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez.

¡Mal rayo!



En París, en un monumento que representa el arte europeo, están representadas cuatro naciones:

Francia, Italia, Flandes y Alemania.

A nosotros nos han dejado los franceses á la puerta de la calle.

E pur si muove.

Y sin embargo, tenemos y hemos tenido casi siempre los mejores pintores del mundo...

Pero ¡claro! como traducimos todas las porquerías que se les ocurren!



La Patti ha sufrido una grita espantosa en Barcelona.

No porque cante mal, sino porque cobra muy caro.

Con esto, y con que no gusten ni den resultados las traducciones del francés, parece como que vamos entrando en el período del sentido común.



Por tomar chocolate muy caliente
le dió á D. Atanasio un accidente,
y por tomarlo demasiado frío
tuvo un cólico horrible D. Darfo.
¿A que resulta que es un disparate
el tomar chocolate?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. H.—Barcelona.—Gracias por todo. El soneto, además de los defectos de acentuación, tiene el final de género anticuado. La historia resulta inocente.

Sr. D. A. P. G.—Madrid.—Sí, hombre, sí ¡Pues ya lo creo!

Sr. D. Q. F.—Cádiz.—Incorrecto en la forma.

Chulo.—Madrid.—Está bien hecha, Pero es poco asunto; se puede decir todo en veinte líneas.

Amancio P.—Hí de cochino, y qué gracia tiene el bellaco!

Sr. D. R. de A.—Madrid.—Fuertecillos.

Tarará.—Madrid.—Aparte de que eso es muy filosófico y no encaja aquí, está bien hecho.

Sr. D. P. O.—Cádiz.—Es excusado decir
dónde suele usted escribir.

Sr. D. C. D.—Madrid.—Hombre, fíjese V. en que hay muchos versos mal medidos.

Sr. D. E. P. N.—Madrid.—Nada de callos ni de... ¡caracoles!

Sr. D. J. P.—Zaragoza.—Muchas incorrecciones, muchas.

Sr. D. F. R.—Aranjuez.—Es muy mala. Y esas cosas no se preguntan.

Sr. D. F. R. M.—Burgos.—¡Por Dios! que no podemos publicar artículos.

Sr. D. E. S.—Madrid.—Poco y mediano. *Cuerpo y terco* no tienen el honor de ser consonantes.

Sr. D. F. G.—Madrid.—Sólo puede pasar como político y es un poco inocente.

Sablazo.—Como mal no está, pero no satisface del todo. ¡Y es que el asunto es tan gastado!

Sr. D. J. C. P.—Barcelona.—¡Jesús! ¡Mire V. que decir que va creciendo con grandura! Me río yo del *atardecía de Maruja*.

Poplicola.—No puedo poplicarla.

Sr. D. E. V.—Madrid.—Muy serio.

Sr. D. E. C. O.—Madrid.—¡Ni medida tienen!

Ignacia.—Cartagena.—No carece usted de gracia,
mi señora doña Ignacia.

Sr. D. K. D.—Sevilla.—¿Es V. un niño, verdad? Porque esos versos son de niño.

Sr. D. P. R.—Madrid.—La verdad, no me acuerdo.

Sr. D. L. P.—Madrid.—Flojitos.

Sr. D. R. B.—Madrid.—Puede que aproveche algunos.

Sr. D. V. F.—Madrid.—Es mediano.

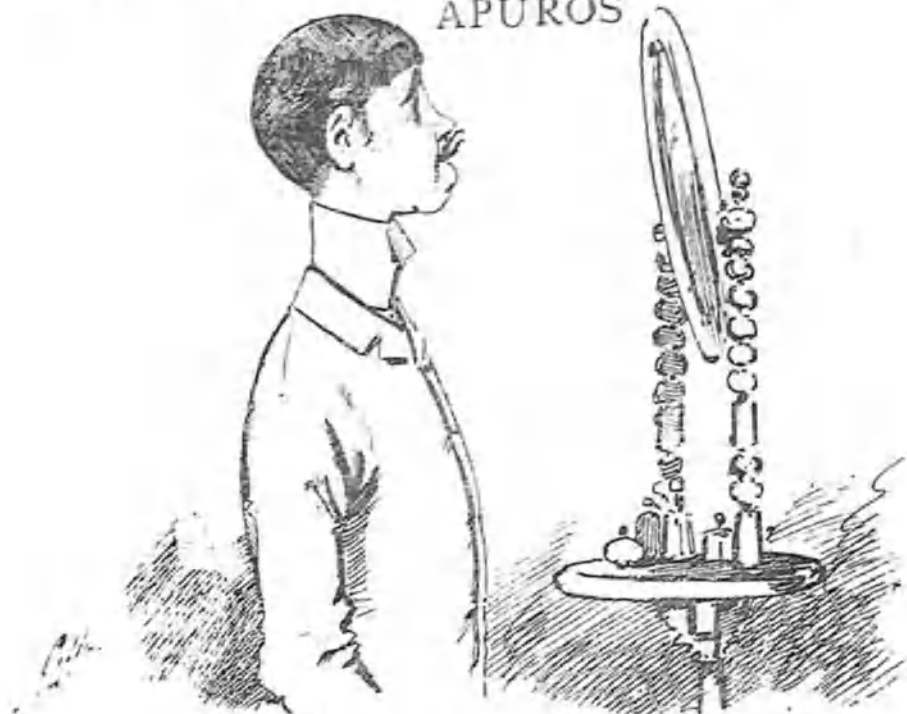
Sr. D. J. P.—Valencia.—Hecha la renovación. No hemos remitido la colección de 1883, porque se está reimprimiendo el número 31. Se hará.

Sr. D. J. M.—Madrid.—Se publicará.

Sr. D. L. W.—Madrid.—Además de serio, tiene algunos defectillos.

Napolitano.—Gracias por sus consejos. Lo del epigrama es muy gastado.

APUROS



La tenacilla endiablada
me ha fastidiado, ¡lo veo!
¡Cómo salgo yo á paseo
con la guía chamuscada!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene
ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 3 pesetas; semestre, 5; año, 10

Provincias.—Semestre, 5 pesetas; año, 10

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven
si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus
pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos
de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á
fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho
el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

BIBLIOTECA FESTIVA

POR

FRANCISCO ARECHAVALA

EN PRENSA.—Tomo I. VIVIR PARA REIR

Precio: DOS REALES

A los libreros y vendedores, 25 por 100 de rebaja.

Oficinas: Concepción Jerónima, 19, segundo, izquierda.—Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios

UN VOLUMEN MENSUAL

Los tres tomos del trimestre, una peseta para los suscritores
en toda España.

MADRID POLÍTICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

No se admiten suscripciones.—Se da como REGALO á todos
los suscritores del MADRID CÓMICO.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A corresponsales y vendedores, cada ejemplar, 10.

Este periódico, complemento del MADRID CÓMICO, está redac-
tado é ilustrado por todos los colaboradores y dibujantes de éste.

A los señores corresponsales que lo sean de ambos se les re-
mitirán las cuentas unidas y en las mismas condiciones.

Los que lo sean sólo del *Madrid Político* deberán atenerse
á las observaciones insertas en el anuncio del MADRID CÓMICO.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA